

LA BIZNAGA (FLOR DE ARTESANÍA)

IMPOSIBLE CONOCER con certeza quién o quiénes tuvieron la ingeniosa idea de ensartar jazmines en la umbela de la *Ammi visnaga*, por primera vez y confeccionar esta flor de artesanía, genuinamente malagueña. En los archivos locales no existen datos sobre el origen y la edad de tan original costumbre.

Retrocediendo en el tiempo nos encontramos con la leyenda. Las leyendas, claro, no son demostrables, aunque siempre haya algo de verdad en ellas. Por eso —me parece a mí— no deben ir nada errados aquellos que datan la aparición de la biznaga en la época de la dominación árabe. Ese pomoso hecho de flores pequeñas que, una a una, despiden un levísimo aroma y todas juntas se transforman en algo tan suntuoso, bien puede hacernos pensar en las costumbres que exteriorizaron el boato de las cortes musulmanas. Precisamente éstas —las cortes— alcanzaron su máximo esplendor en tierras de Andalucía, donde proliferan las materias primas necesarias al artesano de la biznaga. Que árabe es la voz «bixnaca» y mozárabe la voz «bisnaga» o «visnaga».

Con tres elementos dispares se forma la biznaga.

El jazmín.— Denominado *Jasminium officinale*, procede de la familia de las oliáceas, conocida planta trepadora que puede alcanzar hasta 10 m. de altura, de hojas opuestas y que están divididas en 5 ó 7 foliolos, siendo el del extremo el más grande. Sus flores de color blanco una vez abiertas, son rosadas antes de abrir; nacen en grupos de dos hasta diez unidades y despiden una gran fragancia. Este arbusto, que procede de Persia, es

cultivado con éxito en los parques y jardines andaluces. Probablemente fuera introducido en Al'Andalus por los árabes.

La visnaga.— Del latín «pastinaca». Planta umbelífera de tallos lisos, hojas hendidas, flores pequeñas y fruto oval y lampiño. Cada uno de los pjececillos de las flores de esta planta se suele usar como mondadientes. Procede de México. El vocablo *visnaga*, sinónimo de *ammi*, fue el género vulgar establecido por el botánico alemán Cristian Teófilo Ludwig. Así, a la *ammi* vulgarmente se la llama, visnaga o biznaga.

La especie *Ammi visnaga* tiene tallo grueso, de 5 a 9 cm. de alto, hojas muy numerosas, bi o tripannatisectas, con lacinias filiformes, base de la umbela ensanchada al final del disco, fruto con costillas delgadas y salientes. Florece en los meses de julio y agosto.

Las especies de umbelíferas son muy variadas. Se trata de plantas de hasta 1 m. de alto, xerófilas y que se crían en tierras cálidas, creciendo espontáneamente en terrenos áridos o de barbecho.

La penca.— Hoja carnosa de la chumbera, planta asilvestrada que se da en toda Andalucía y corresponde a la especie botánica *Opuntia ficua-indica*, familia de las cactáceas.

Esa biznaga que perfuma los atardeceres veraniegos de Málaga, la provincia más pequeña de Andalucía pero la de mayores contrastes (le sigue Cádiz con 109 km² más), es el resultado final de una serie de manipulaciones en las que intervienen varias personas. Y resulta curioso que esta costumbre popular tan arraigada ancestralmente, no se haya contabilizado como parte integrante de la artesanía malagueña, siendo así que en ninguno de los tratados consultados aparezca. Porque la artesanía emana, como la biznaga, de los estratos más populares de la población y tiene una finalidad económica definida. El vendedor de biznagas, último eslabón de la cadena de producción, solía ser (y lo es aún hoy día) un jornalero sin trabajo que intenta sacar a su familia adelante. Y las mujeres que ensartaban los jazmines cobraban su jornal con un «chavo» (medio céntimo), aunque, a veces, se contentasen con la sola compensación de una flor. Hablo de principios de siglo, porque hacia el año 1936 se pagaba la mano de obra, por lo general femenina —ya que lo delicado de la tarea requiere unos finos dedos—, a real la docena y en la actualidad cada jazminera percibe unas 25 pesetas por biznaga.

La obra de artesanía de la biznaga comienza a gestarse un año antes de

que la flor sea un hecho, con la recolección de las umbelas que luego servirán de soporte a los jazmines.

Las umbelas, especie de sombrilla o quitasol, es la inflorescencia



El Biznaguero, obra de Pimentel, en el Parque de Málaga.

racemosa (o cimosa, según algunos autores), compuesta de varias flores cuyos pedicelos (radios de la umbela) parten todos de un mismo punto y alcanzan igual longitud. Son compuestas cuando los radios presentan, en lugar de

flores, otras umbelas de menor tamaño (umbelillas).

Como es natural, la búsqueda del lugar donde se críen estas umbelíferas (existen hasta 2.600 especies y entre ellas están la zanahoria y el perejil silvestre), ha de ser cuidadosa. Según he podido saber, en Los Barrios (Cádiz) hacía acopio de «palillos» el célebre biznaguero Salvador Galveano Gaitán, más conocido por «Salvador el de las biznagas», aunque citara la Fuente de los Cambrones, en Málaga, como el mejor campo para la recolección de estos soportes.

Una entusiasta estudiosa del proceso de fabricación de la biznaga, doña Pilar Martín Lanuza, afirma que los mejores terrenos abandonados en los que crece esta especie de umbelíferas están a pocos kilómetros de nuestra ciudad: en la Barriada de Campanillas.

Una vez efectuada la recolección, se escogen las umbelas —a las que los biznagueros consultados denominan «nerdo»— más grandes y a las compuestas se les quitan las ramificaciones conservando la umbela mayor. Se pondrán a secar hasta el siguiente año.

En su momento, han de ser remojadas las cabezas para ablandarlas y poder, así, cortar las secas florecillas. Se le dará forma redondeada a este esqueleto y los futuros soportes, como graciosas sombrillitas, serán puestos a secar.

El siguiente paso es el acopio de jazmines. Sólo sirve al menester que nos ocupa el jazmín andaluz, pues es el aroma lo que importa. Y, aunque el arbusto produzca flores durante todo el año, sólo los meses de julio, agosto y septiembre darán jazmines con el aroma que caracteriza a la biznaga. Será, pues, durante este período de los tres meses veraniegos, cuando únicamente el artesano sacará provecho de su obra.

Los jazmines han de ser desprendidos del arbusto antes de la salida del sol y aún sin abrir. La persona que se encargue de esta tarea ha de conocer bien cuáles capullos se abrirán ese día. Se requiere experiencia, pues la biznaga es una obra tan hermosa como efímera.

Los pedicelos de la umbela limpia, recortada y seca recibirán los capullos a punto de apertura. Esta operación conviene hacerla a mediodía, pues requiere tiempo y paciencia. Una vez todos los pedicelos —vulgarmente nombrados «palillos»— insertados, la flor ya dispuesta será clavada por su leñoso tallo en la penca. Después serán puesta unas horas a reposar en lugar caliente, con mucha luz y sol indirecto, así como serán ligeramente regadas de vez en cuando, salpicándolas.

La penca no suele llenarse completamente, sino que se deja un espacio para que el vendedor se la acople al hombro. La «postura» típica es la misma

que la del camarero bandeja en ristre, con lo cual si estuviese demasiado llena, las biznagas rozarían el rostro del vendedor. Sin embargo, cada penca se aprovechará al máximo, siempre en función de la habilidad de quien efectúe el «clavado». Del tamaño de la penca dependerá la cantidad de biznagas que soporte, oscilando entre 100 y 240 unidades. Según manifestaciones del biznaguero malagueño don Juan Pérez González, menos de 100 unidades no resulta rentable. De modo que lo normal es que contenga de 120 a 150 biznagas. Tampoco están los tiempos como para abarcar demasiado y una penca con 240 biznagas es muy difícil de vender en una noche. También ha de contarse con el peso, que puede oscilar entre 4 y 5 kg. según el tamaño de la penca, a los que habrá que añadir un par de kgs. del peso de las biznagas.

Los jazmines se abrirán «a saltos, como movidos por un resorte» y el aire se llenará de fragancias. Es la hora en que el sol comienza su retirada y el «jazminero» sale a pregonar la mercancía.

Fidelito, Fernando Gozález Mart¹, se pregunta «Quién es más jazminero: el que en la calle la vende con la penca o quien con trabajo buscó la conjunción de dos plantas para fabricar una nueva». Este Fidelito que llama jazminero al vendedor de biznagas, califica a la peculiar flor de «artilugio». En mi opinión, debiera nombrarla «jazminera», así como la voz popular nombra biznaguero al vendedor de biznagas.

El vendedor más famoso —al menos de quien más datos he encontrado— fue el ya mencionado Salvador Galveano Gaitán (Salvador el de las biznagas o Salvador Gaitán a secas). En *Vida Gráfica*² lo describen con «terno negro ceñido y sombrero cordobés»; en *La Tarde*³ se salva del comentario sobre la abundancia de vendedores de biznagas. En un artículo publicado el 9 de agosto de 1948 y titulado «NI + NI -» se comenta: «Demasiados vendedores de biznagas. Una sola excepción mantiene el prestigio de aquel pregonar de otros tiempos. Esta excepción la constituye Salvador Galveano, al que por antonomasia y no sin motivos, le llaman “Salvador el de las biznagas”». Y Gustavo García-Herrera, a su vez, lo describe de esta guisa: «Esbelta figura, enjuto de carnes, con porte señorial, siempre correctamente rasurado y peinado a la raya. Blanca camisa, negro pantalón abotinado, que sujeta con faja azul. Tocábase con sombrero cordobés graciosamente echado hacia atrás. Con la izquierda extendida levantaba la penca, donde iban pinchados los tallos de la umbela *Ammi bisnaga* y en cada uno de sus hilitos, embutidas, las corolas de los jazmines, formando ese gracioso producto de la artesanía jardinera, llamado «biznaga».

Y sigue: «La mano derecha abierta por el borde del pulgar junto a la

comisura de la boca, servía de pantalla, a encauzar el pregón. Para lanzarlo a los cuatro vientos hacia un alto en el camino y con aire de "soleá" cantaba una estrofa a la olorosa mercancía y un himno a su patria chica.»⁵

El pregón es otro arte que merecería un espacio por sí solo, aunque su época dorada ya pasó. Hoy son otras las voces, otras las mercancías, otros los pregones. Los biznagueros aún perduran, por fortuna, y nos llenan de olor las tardes calurosas del verano. No faltan biznagueros en las calles de Málaga. Sin embargo pocos son los que pregonan y aquellos que lo hacen se limitan a un escueto «Jazmines de olor». Quizá porque estimen que el aroma de los jazmines, por sí mismo, anuncia la mercancía sin necesitar más.

De los pregones de principios de siglo nos quedan muestras escritas. Como éste. de Salvador Galveano, que recoge Gustavo García-Herrera:⁵ «¡Niña..., las biznagas.../ las de Málaga.../ Que son las que huelen!!»

Porque lo más característico del pregón es que siempre va dirigido a la mujer.

«¡Niña, biznagas traigo./ Mira niña que son de olor./ Niña, que hoy las traigo grandees/ mis biznagas!»

O este otro que recoge La Tarde:⁶ «¡Niña!: hoy llevo grandes las biznagas,/ las que güelen.»

Los vates, como es lógico, no han dejado de ensalzar a esta flor exquisita. Un poeta de hoy, Rafael Inglada, echa la imaginación a volar y nos informa de cómo a ciertas estrellas fugaces las llamaron biznagas por su blancura y cómo una obra que titula «El Collar de la Paloma» fuera escrita en «la Casa del Té de la Biznaga».

De Salvador Rueda, el gran poeta de la tierra, son estas estrofas que han citado todos los estudiosos de los temas populares malagueños: «...Al recorrer tus calles como jardines / un charrán, de la gracia bizarra pueba, / trinó alzando una penca con mil jazmines: / «¡A las buenas biznagas, quien me las lleva!»

Gómez de la Serna escribió una de sus greguerías en honor de la flor artesana: «Biznaga: mano incorrupta a cuyas uñas crecen flores.»

Otros muchos escritores y poetas se inspiraron en la biznaga y, sobre todo, en el jazmín. También los artistas del pincel se dejaron seducir. Zuloaga pintó y Picasso grabó sendas mujeres con biznaga. Y no citaré más porque faltaría espacio para tantos. Aunque no debo dejar de mencionar al escultor malagueño, Pimentel, quien inmortalizaría en bronce al entrañable biznaguero, que tras algunos vaivenes, se puede contemplar hoy a la entrada de El Parque, cerca del recinto musical Eduardo Ocón.

Tampoco puedo olvidarme de un rincón malagueño al que alguien tuvo

la idea de llamar Plaza de la Biznaga, gentil homenaje a la flor artesana, y que se encuentra en la Barriada García Grana, en memoria de aquel alcalde que soñó con llenar la ciudad de jardines. También existe, en la Barriada Puerta Blanca, un edificio con tan bello nombre: el Bloque Biznaga. Y cómo dejarse atrás una mención, aunque sea somera, de La Peña La Biznaga, ubicada en la calle Montserrat, en el malagueñísimo Barrio de Capuchinos. La Peña ha cumplido recientemente el XIX aniversario de su fundación. Las colaboraciones culturales y benéficas que ha desempeñado durante esos diecinueve años de andadura y, sobre todo, su apoyo y participación hacia todo lo malagueño, la prestigian tanto en Málaga como fuera de ella. Y de entre sus manifestaciones en pro de lo malagueño destaca la Fiesta de la Biznaga que se celebra cada año con, entre otros actos, el célebre «Pregón», cantado por los personajes más representativos de la ciudad, quienes ponen en la tarea todo su saber, su imaginación y su amor a Málaga y a esa hermosa costumbre que no se sabe quien inventó de juntar jazmines de olor de forma tan original como única en Andalucía⁷ para embriagar el aire de nuestras noches veraniegas.

Por último, mi propio homenaje a tan deliciosa flor:

*¡Una biznaga!
¡Niña, jazmines de «oló»!
¡Ay, de Málaga!*

NOTAS

- (1) González Mart, Fernando (Fidelito): *Málaga nuestra*. Biblioteca de la Exma. Diputación Provincial de Málaga. Málaga, 1984.
- (2) Archivo Díaz de Escovar: *Vida Gráfica*. Año 1930.
- (3) *Ibíd*: *Diario La Tarde*. 9 de agosto de 1948.
- (4) García Herrera, Gustavo: *Cosas de Málaga. Pregones y Cantares*. Biblioteca de la Exma. Diputación de Málaga. Málaga, 1967.
- (5) *Ibíd*.
- (6) *Vide*, nota nº 3.
- (7) En Sevilla se ensartan los jazmines en una fibra de palma en forma de guirnalda. En Córdoba se enroscan en forma de «moña».